

grandes amistades que tambien es la edad de los grandiosos estudios, pintando aquí un fresco, allá una tabla, tras una leccion de su maestro y un estudio de las guirnaldas que forman el marco de los portones de San Juan frente al Campanile del Giotto, y una contemplacion de los cuadros de Vinci y de las porcelanas de Robia, y un éxtasis ante las Tres Gracias resucitadas de los abismos, y puestas en los altares, componiendo, dibujando, ya en el taller, ya en la calle, ya en el campo, mirándolo y aun admirándolo todo, pero sin dejarse dominar por nada mas que por su propia inspiracion, para seguir la obra, comenzada en otros dias á impulsos de sus predecesores en el arte, y llevarla, como cumple al gran revelador, en alas de su genio, á los cielos de la mas completa perfeccion ideal.

Al llegar aquí, Bramante lo llama con solicitud á Roma, y en Roma, Rafael consigue toda la plenitud natural de su genio y realiza toda la serie imperecedera de sus obras. Así como, en su niñez, debió inspirarle aquellos primeros cuadros el cariño á su familia y la educacion religiosa, en el estío de su vida, en la juventud ya madura y plena, debió inspirarle á su vez el amor á la Fornarina, el amor, la pasion por excelencia. Para persuadirse de cómo la naturaleza humana se desarrolla en este hombre, que, digno y propio, representa la humanidad por tantos títulos, no hay como ver las figuras femeninas de sus primeros y las figuras femeninas de sus últimos cuadros. Aquellas han sido descubiertas, entre las nubes del incienso hendidas con las notas del órgano, y han sido descubiertas á su vez estas últimas entre los celajes ardientes de la pasion y las expansiones exaltadas de la vida. Han acompañado aquellas á las religiosas en los monasterios, y han acompañado estas á la Fornarina en el Trastevere. No han salido, no, las primeras del templo, no han bajado, no, del altar, su ideal hermosura sémejase, casta y etérea, en su inocencia incomunicable, á una plegaria mística, mientras las segundas han estado en sociedad con las antiguas diosas, y han recogido en sus armónicas líneas el aire de las antiguas estatuas, oyendo los cánticos helenos mezclados con las ondas del Egeo, Galateas unas veces, á quienes los Tritones acompañan en su carro de nácar, y otras veces ninfas que se han coronado de pámpanos, despues de haber oido las canciones báquicas, y han apurado la copa de la vida en los senos y laderas del Etna y del Vesubio, animadas por el

amor mas delirante, y dignas de contarse á una entre las metamorfosis mas bellas y las divinidades mas idolatradas del viviente y caluroso paganismo. Si esta embriaguez de la vida, si esta pasion por la mujer, si este amor que todos sus sentidos embargaba, no le hubieran poseido como le poseyeron, Rafael no fuera tan legítimo representante como fué de la humanidad en general y de su tiempo en particular; quedándose, á manera de Miguel Angel, como un célibe solitario en las cimas de lo sublime; ó á manera de Fra Angélico de Fiesole, como un cenobita místico enterrado entre las paredes yertas de un abandonado claustro.

Despues de la Fornarina y de su amor, las tres grandes inspiraciones de Rafael fueron la naturaleza, la teología, la antigüedad. El cuerpo humano, menospreciado mas ó menos por los pintores pre-rafaelistas, que concentraban toda la vida en el espíritu, y todo el espíritu en la cabeza y en el rostro por medio de una espiritual expresion; el cuerpo humano, decia, vuelve á tener la dulce armonía que hallaran los griegos en su estructura maravillosa y que sirviera tanto para el dibujo, modelado y esculpido clásicos de aquellas sus estatuas, parecidas á verdaderas melodías en 'piedra. Pero donde se ve la influencia ejercida por el genio de la clásica antigüedad en el genio del gran pintor moderno, es al pasear por la Roma del Renacimiento y visitar sus obras clásicas: aquí las musas en las cimas del Parnaso, inspiran las mas altas poesías; allí, en las naves de Santa María de la Pace, Sibilas hermosísimas, que parecen volver de los juegos píthicos y de los coros de Olimpías; mas allá la desdeñosa ninfa que amaba el Titan siciliano, deslizándose, ebria de vida, sobre las ondas del Tirreno iluminadas por los volcanes, á cuyos piés se crian, entre las algas parecidas á cintas de oro, con que se coronan los tritones, las perlas y los corales con que se coronan las nereidas; mientras no léjos la Psiquis, la vírgen enamorada del amor, desnuda como el alma recién salida del aliento divino, con su lámpara de oro en la mano y sus alas de mariposa en las espaldas, suspira, desde su lecho vacío, por abrasarse en las llamas de un nuevo ideal, y confunde á una la forma pagana con el espíritu cristiano en sus indeliberados y confusos presentimientos.

He aquí la trascendencia del inmenso trabajo de Rafael. En aquellos sus tiempos de tan extraordinaria grandeza, tiempos de religiosa renovacion, él

quiso que la idea católica no fuese como el agua estancada, que se pudre ó se disipa, sino como el férvido mar que recibe los desagües de todos los rios, las lluvias de todas las nubes, los tributos de todas las aguas, y devuelve á los mismos vientos que lo azotan y lo castigan y lo embravecen, las dulces evaporaciones, que, despues, con el riego de su rocío, refrigeran la vegetacion y acrecientan la vida. Rafael ha colocado frente á la escuela de Atenas, donde se hallan reunidos los filósofos del Paganismo, la disputa del Sacramento, donde se hallan reunidos los doctores de la Iglesia; frente al Timeo de Platon las obras de San Buenaventura; frente á los rostros de Anaxágoras y de Aristóteles, iluminados por la idea helénica, los rostros de San Agustin y San Jerónimo, iluminados por la idea cristiana; junto á las musas del Parnaso las Vírgenes de los altares; junto á los Profetas de Jerusalem y Nínive las Sibilas de Cumas y Eritrea, mostrando así que la ciencia, en sus trascendentales determinaciones, ha sido una celeste revelacion tambien como el Cristianismo.

Rafael no es solamente un artista, Rafael es un revelador. Su teología viva no vale menos que su maravillosa estética. El siglo décimosexto de nuestra era se parece al siglo primero en que habia de resumir toda una edad y habia de traer toda una revelacion. Como entonces, en el siglo primero, pululaban los apóstoles, pululaban á su vez en el siglo décimosexto los reformadores; y como el Oriente, sobre todo el Oriente judío, preparaba una religion nueva en el siglo primero, el Norte, sobre todo el Norte germánico, preparaba otra religion nueva en el siglo décimosexto. Los innovadores del siglo primero se aferraban, de suyo, antes que á todo, á la categoría de lo bueno; y á la categoría de lo bueno se aferraban tambien los innovadores del siglo décimosexto, antes que á todo. Para los primeros cristianos la Roma, donde acababa de hablar Ciceron, de regir César, de componer Virgilio y Horacio, era una impura Babilonia, solo merecedora del fuego celeste lo mismo que para los protestantes era la Roma donde Rafael habia pintado sus cuadros, Buonaroti erigido sus estatuas, Celini cincelado sus joyas y Leon X escrito sus encíclicas. Los poetas de la Roma pagana en tiempo de Augusto, con esa intuicion poderosa que da instinto profético á las grandes almas, quisieron oponer la categoría estética de lo hermoso á la categoría

moral de lo bueno preparada por los últimos judíos, y próxima entonces á nacer y desarrollarse por los primeros cristianos, pues brotaba ya la generacion que habia de acompañar á Cristo y se veia en el horizonte amanecer antes de Cristo la idea cristiana. La obra de Virgilio es algo mas que una obra poética, es una obra religiosa, en que, proféticamente, por adivinacion, se opone la diosa Roma, diosa del arte y del derecho, al Dios que alboreaba, Dios de la metafísica y de la moral, por los bordes oscuros del Oriente.

Y así como antes de que naciera el Cristianismo le opusieron los grandiosos escritores latinos en general y en particular Virgilio la categoría del arte y del derecho, opusieron al incipiente luteranismo, por proféticas previsiones, por una intuicion soberana, mucho antes de que se desarrollara, la categoría de lo hermoso los primeros artistas de la Roma del siglo décimosexto y con especialidad, el primero de todos ellos, el profeta Rafael de Urbino. Pero sucedió en el siglo décimosexto lo mismo que habia sucedido en el siglo primero. La categoría del arte, la categoría del derecho, la categoría del bien se dividieron; y la humanidad, que necesita de todas ellas, pero que puede prescindir temporalmente de las dos primeras y jamás de la última, optó por la categoría del bien. Y así como unos cuantos nazarenos de origen judío lograron separar de la Roma imperial tantos pueblos, unos apóstoles y doctores de origen germánico lograron separar de la Roma pontificia la mitad de Alemania, la mayor parte de Suiza, Suecia, Dinamarca, Escocia, Inglaterra, y llevar al seno mismo de las naciones latinas, la libertad de exámen y el espíritu protestante. La humanidad hoy, mas humana y mas sintética, pasa del período de las revoluciones al período de las armonías; y comprende que los principios de lo bueno, de lo verdadero y de lo hermoso, esa grande trilogía, dimanen de la naturaleza divina y son verdaderamente indispensables á la naturaleza humana. Y bien puede asegurarse que los grandes profetas, que han mantenido un término cualquiera de tan sublime trilogía, como brillaron ayer en las regiones del arte, brillarán mañana en la religion de lo porvenir. Rafael, que nació y murió en Viernes Santo; Rafael, que pintó las Vírgenes y las Sibilas; Rafael que duerme todavía el sueño de su gloria en el Panteon de todos los dioses; Rafael nos dice que así como él reconcilió la naturaleza con el arte y la ciencia helénica con la teología cristiana en sus obras, nuevos y no

menos luminosos espíritus podrán reconciliar la razon humana y la revelacion divina en una síntesis definitiva y suprema. Así lo presintió su genio sobrenatural y así lo espera confiada en su derecho y segura de su Dios la noble humanidad.

Pero el esfuerzo de Francisco de Asís y el esfuerzo de los padres del concilio de Constanza y Basilea y el esfuerzo de Savonarola se malograron, y tambien el esfuerzo de Rafael. A la democracia cristiana, consecuencia lógica del Evangelio, que nacida por entonces, como lo prueban las guerras de los aldeanos en Alemania, las guerras de los comuneros en España, las revoluciones de los plebeyos en Florencia, tantos y tantos otros movimientos análogos, á esa democracia, que hubiera seguramente anticipado en dos siglos la revolucion de América y la revolucion de Francia, verdaderas revelaciones del derecho, sustituyóse un absolutismo asiático, incompatible de todo en todo con nuestra naturaleza y de todo en todo contrario á los humanos progresos. Aquellos concilios democráticos de Basilea y de Constanza, que hubieran podido constituir un pueblo verdaderamente cristiano sobre bases de libertad verdaderamente amplias; aquellos concilios destinados en los designios del cielo á organizar una Iglesia parlamentaria que hubiera podido contener los desarrollos y crecimientos del derecho sin mengua del dogma, viéronse por el concilio de Letran y por el concilio de Trento reemplazados, conciliábulos verdaderos contra la independencia del espíritu reclamada por el desarrollo de las sociedades humanas y contra la igualdad cristiana pedida por el espíritu de Cristo y necesaria para el triunfo de la justicia en el seno de la sociedad y de la vida.

Pues lo mismo sucedió con la intuitiva y milagrosa obra de Rafael y los demás artistas del Renacimiento. Esta obra guardaba muchas analogías en el siglo décimoquinto y décimosexto con la obra realizada por los Padres de la Iglesia en los siglos segundo, tercero y cuarto. Todos los grandes comentadores del dogma unian, verdaderamente inspirados, con los principios bíblicos y cristianos, los principios helenos y científicos. La idea del Verbo platónico, desarrollada en la escuela de Alejandría, compenetró la esencia inaccesible, incomunicable, supra-esencial del Dios bíblico, llenando la inmensa distancia que separaba lo finito de lo infinito, y cumpliendo una de

esas síntesis universales y humanas, sobre cuyos términos descansa, como sobre bases inconmovibles, el espíritu, y su obra capitalísima, la sociedad. Pues lo que hicieron aquellos Padres de la Iglesia en la esfera teológica, fundando un cristianismo comprensivo de la idea humana y de la idea divina, hicieronlo, á su vez, los grandes artistas del Renacimiento, reconciliando en las sublimes bóvedas de la Sixtina y en las paredes eternas del altísimo Vaticano, la teología con la ciencia. Cuando los Alcides recién venidos de los juegos olímpicos y los ángeles recién bajados del Empíreo católico; cuando los oráculos dichos bajo los laureles de Delfos y las profecías bebidas en las aguas del Cedron y divulgadas bajo los sauces de Babilonia; cuando los filósofos de la Atenas clásica, que miden los espacios del cielo como los espacios del alma ó cuentan las estrellas de la noche como las ideas de la inteligencia, y los doctores cristianos que dan á comer con el pan ázimo y á beber en el cáliz divino la sustancia misma del Criador á la criatura; cuando allá en los cielos del Renacimiento se confunden las cimas del Sinaí y las cimas del Olimpo y las Sibilas y las Musas invocadas por los poetas, y las Vírgenes y las Mártires ceñidas por los fieles de una guirnalda de letanías sin fin, se confunden y forman con factores contradictorios, todas estas grandes reconciliaciones de razas, todas estas confluencias de ideas, todas estas síntesis de varias edades, todas estas trilogías del humano espíritu, no por meras y caprichosas arbitrariedades del artista ó del arte, sino por revelaciones celestiales, componen el fondo y la sustancia de una religion verdadera.

Si la religion católica hubiese admitido en el siglo de Rafael esta revolucion del arte, como admitió la religion pagana en tiempos de Homero la revolucion de la poesía, quizás hubiera podido fundar el culto definitivo de Dios, y unir el humano espíritu al divino, y á la antigua historia la moderna, y al Cristianismo rejuvenecido el armonioso helenismo, y al Dios de Santo Tomás el Dios de Platon, fundando una síntesis definitiva, que juntára, como términos de la misma serie, las ideas de la teología y de la moral eclesiástica con las verdades dimanadas de la razon pura y extendidas, astro sin ocaso, en el cielo de la ciencia. El Paganismo tuvo tambien su Iglesia cerrada, su sacerdocio intransigente, su dogma inmóvil, sus tendencias invencibles hacia la teocracia, su reaccion asiática, sus oposiciones á la pura ciencia hu-